

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquetes de 30 ejemplares . . .	1'00 ptas
Suscripción: España un trimestre . . .	1'00 »
» » Extranjero » » . . .	1'50 »

Los Consejos de Guerra

Ya van liquidándose las causas instruidas con motivo de los sucesos de septiembre del año anterior. Después del sensacional Consejo de guerra por los sucesos desarrollados en Cullera, se han celebrado los de Jativa, Carcagente y Alcira, sin que despertaran aparentemente la mayor expectación.

El pueblo parece haber perdido su sensibilidad después del Consejo de guerra verificado en Sueca, y apenas si los tres últimos han despertado la curiosidad pública, quizás se deba esto, a que la prensa burguesa no haya visto materia adecuada para facilitar el consiguiente pasto a sus lectores.

Sin embargo, merecen alguna atención, pues si bien es verdad que estos procesados no han facilitado la nota alarmante de tormento alguno, por no haber sido maltratado ninguno de ellos, conviene fijarnos en el contraste que ofrece la petición de elevadas penas y la poca importancia de los sucesos que por la huelga de septiembre se desarrollaron en las tres mencionadas poblaciones de la Ribera del Júcar.

Las declaraciones de los elementos retrógados, la mala fe de los ensotados, el afán de venganza por parte de la chusma burguesa y el sentimiento inhumano de los caciques, han hecho que se sentaran en el banquillo de los acusados muchos seres inocentes que, sin duda, purgarán en la cárcel delitos que sólo existieran en la imaginación de los papanatas reaccionarios acusaciones forjadas por la mentalidad raquetica de la malvada burguesía.

El lunes empezó a celebrarse en el

Supremo de Guerra y Marina la causa de los veintidós procesados por la muerte del juez, habilitado y alguacil de Sueca; más tarde se celebrará uno en Alcira, por el que solicita el fiscal una pena de muerte, y otro en Cullera contra los que hicieron frente a la fuerza armada.

En esta contienda de resistencia al Cuerpo de Carabineros, cayeron dos heridos, dos hijos del pueblo a consecuencia de las descargas que hicieron los del mauter. Uno de los heridos, falleció a los pocos minutos de haber ingresado en el hospital. De esto se ha dicho muy poca cosa. Nadie ha osado preguntar quiénes fueron los culpables. ¿Para qué? No merece la pena, se trata de dos campesinos, dos seres sin importancia en la sociedad que padecemos. ¿Qué importa? ¿Qué valor representan dos hombres de ese montón que se llama pueblo, si no tiene otra misión que la de producir para que otros disfruten del producto?

En estas pequeñeces no se para la ley, puesto que no pertenecen a la clase acudada.

Los autores de estas víctimas no se sentarán en el banquillo, para estas pobres víctimas... no hay defensa. Estas pertenecían al populacho, eran dos piltrafas que arañaban la tierra para hacerla producir; para estos... ni siquiera el recuerdo entre la multitud fue habido.

¿Miserable mundo, maldita condición la nuestra!

En resumen: la justicia sigue su curso sin salirse de su cauce. Por eso se llama justicia ante la ley.

El perturbador

Fue el angosto y selvático reino de Graal, en lejanos tiempos, el más extraño al par que el más tranquilo de los reinos.

Jamás audaces conquistadores traspusieron sus lindes señaladas con riscos inaccesibles, cubiertas de bosques milenarios, apartadas de insondables abismos, ceñidas por torrentes sombríos que desde el misterio de sus hondos cauces—cual feroces guardianes de tan hostil frontera—clamaban un pavoroso y bárbaro himno de muerte.

El rey Antán, señor de Graal en época remota, eralo por tanto de las cumbres y vertientes de altísima cordillera, y sus pueblos aferrábanse a las cimas como nidios de aguililla caudal, allá en las nebulosas confines donde se besan los cielos y las tierras...

Nunca los súbditos del rey Antán descendieron hacia los valles tendidos, a sus pies, en placida ostentación de blandas praderas y corrientes mansas... Al amparo de sus alturas, los rústicos miraban con desdén la fácil y serena vida de los llanos distanciados en lo profundo, y de padres a hijos transmitíanse, como legado de tradición y herencia de raza, el apego a sus quebrados, a sus ventisqueros, a sus peñascos grises, de áspera y desolada traza mal vestida por líquenes y musgos.

Jamás luchas civiles, rencores de bandería, ni contiendas de partido, ensangrentaron aquel reino turbando su monótona calma... Las rebeldeas, las audacias, las reformas, todas estas palabras inquietantes, eran desconocidas en Graal, y desconocida era su significación... La existencia de aquellos hombres fue siempre igual a la de otros hombres, sus antepasados, y nunca hubo de modificarse su salud alguna de otro vivir... Para labrar el terruño y apacentar los ganados, no usaban los selváticos de un adarme de albedrío: dejábase arrastrar por el hábito adquirido en transmisión de siglos, al través de cien generaciones... Así, no anhelando nada, desconocían toda voluntad...

En Graal, ni cantó el amor sus melodías, ni rugió sus tragedias... El gran amor pasional de los sublimes arrebatos, de los tremendos sacrificios, de los furiosos celos: ese amor no agitó sus teas incendiarias sobre aquellos pueblos ni sobre aquellas almas...

Un hombre y una mujer unían sus vidas, lazo un techo, por ley natural de la existencia... Nacíanle hijos, en periódico retoñar de la especie; pero tal hombre y tal mujer no se amaban: eran a modo de compañeros asociados por mutua conveniencia; nada más... Ignoraban las infinitas contemplaciones de las almas que en demanda de amor se asoman a los ojos... Ignoraban los inmensos contactos de las almas que en demanda de amor se prenden en los labios... Y creados en desamor, los hijos de tales padres ni amaban ni eran amados... Cuidábanlos sus madres, en tanto eran niños, y cuidábanlos sólo por costumbre, no por afecto. Crecidos ya, y trocados en mozos, aprendían labores del campo y faenas del pastoreo, recibiendo tales enseñanzas de sus padres, ya que ellos las aprendían de

desconocido el vino, escanciaba el rey su yantar con agua, con el agua más pura, brotada de los ásperos senos de la montaña...

El rey Antán era el menos mayestático de los reyes, y era su corte la menos cortesana de las cortes...

II

Un día, el rey Antán y su hijo Inar fueron a caza de venados. Persiguiendo huídas piezas, de cañada en cañada, guiados por el latir de la jauría, y ciegos en su empeño, llegaron príncipe y monarca, tan lejos, tan lejos, que traspusieron los límites del reino...

Diéronse cuenta de ello, saliendo inesperadamente de las selvas, en las cuales perdieran todo rumbo y camino, y encontrándose, no poco sorprendidos, a mitad de una falda cuyas empinadas praderas alpinas tendían su manto de intenso verdor desde los últimos y añosos robles del bosque, hasta la orilla de ancho y quieto caudal: placido remanso en el que olvidaba las fatigas de cien rápidos y la gimnasia de mil cascadas el río...

Al otro lado del cauce, el valle... Sobre el valle, allá por las hoces de Oriente, aparecían millares de hombres, y refulgían aceros, y vibraban clarines, y pafaban corceles... También por las hoces de Occidente tremolaban pendones y banderas, y marcaban un ritmo los tambores, y avanzaban, extendiéndose como aguas impetuosas de riada, los escuadrones de jinetes y las cohortes de infantes...

Suspense, el príncipe Inar dijo a su padre, quien, en silencio, contemplaba el valle: —Padre, ¿vendrán contra nosotros esas gentes...?

Mostró el rey a su hijo los riscos inaccesibles y los insondables abismos de la cumbre, y replicó tranquilo:

—No temas...! Contra tales barreras, nada puede la demencia de esos hombres que emplean, en segar vidas y abrir entrañas, el hierro que habría de servirles para ganar cosechas y para abrir en la tierra surcos que fuesen cauces de sementeras...

Y añadió el soberano, tras de breve pausa durante la cual volvió hacia la llanura el mirar de sus ojos asombrados:

—No, hijo! No temas! Esas gentes nada intentarán contra nuestras cumbres de paz... Si eligen el valle para encontrarse, ha de ser, ó para marchar unidos hacia lejanas empresas, ó para destrozarse, en lucha insensata y mortal...

—Padre—murmuró el príncipe—, no acierto a comprender por qué los hombres cometen tal insania!...

El rey Antán hubo de asentir, tristemente: —Y quién puede hallar razón a los desvaros de los locos?...

...No se encontraron para marchar unidos hacia lejanas empresas sino para destrozarse, en insensata lucha mortal...

Fue un tremendo choque... Fue horrible crujir de rotas armaduras y de astilladas lanzas... Ante el galopar de los caballos, se abattan los hombres de a pie, maltrechos por las grandes espadas y las dobles hachas de combate, cuyos filos, rebotando sobre las cotas de malla, tornaban a caer, más certeros, hendiendo yelmos y cráneos... Iban así los caballeros de la muerte, sembrándola por doquier... Iban, cual huracán de hierro, altivos, impetuosos siniestros... hasta que, al fin, traspasados por cien flechas y heridas por cien aceros, caían las bestias, revolcándose en ansias de agonía, y aplastando a los jinetes trabados en la herrumbe de sus armaduras...

Del trágico valle desprendíase un vaho de sangre, y entre ese vaho se alzaba densa polvareda: fue bermeja niebla que hubo de cubrirlo todo, dejando tan sólo escuchar remotos lamentos de agonía y ayes de muerte... Más tarde, se hizo el silencio, y la nube de polvo ensangrentado, como ave gigantesca, tendió sobre la llanura su lento vuelo, descubriendo el triste campo de batalla donde los muertos y moribundos quedaban en desolación y abandono... Luego, cuando la nube bermeja se esfumó en lontananza y fue tenue lumbre que al horizonte encendían las postreras luces de la tarde, el rey Antán y su hijo pudieron contemplar como el resto del ejército, que antes ganara el valle por las hoces de Oriente, salía por las de Occidente persiguiendo al enemigo vencido y fugitivo, y señalaba su paso con huella de nuevas víctimas...

Declinaba el sol y la noche comenzaba a velar con pladoso manto de sombra la hecatombe de aquel valle de horror...

—Padre—suplicó el príncipe Inar—, bajemos al valle!... ¡Anheo contemplar de cerca a tan extrañas gentes!...

—¿Y qué nos importan esos bárbaros, hijo mío?...

Instó el príncipe: —¡No hallaremos ocasión como ésta, y no serán los que yacen malheridos quienes puedan volver contra nosotros sus armas y su demencia!...

El rey Antán y el príncipe Inar descendieron al valle...

Fueron por entre fenecidos y agonizantes... Hacia ellos tendían los moribundos sus brazos, y era en vano, porque en Graal se ignoraba toda ciencia y todo amor...

Los cadáveres, amontonados en ruda confusión de contienda, cubrían el suelo... Convulsas, las manos empuñaban armas... Contraídos por el odio, los rostros guardaban, allende la vida su gesto de maldición... Y las pupilas, cuajadas por la muerte, entre abiertos é inmóviles párpados, buscaban en la inmensa lejanía del cielo su quimera...

El rey Antán murmuraba: —¡Locos!... ¡Locos!...

E inclinándose bajo la tenue claridad lunar, para ver de cerca los grandes cuerpos rígidos ya, el príncipe replicó absorto:

—Padre, cuán bellos son los locos, y cuán bella ha de ser tal locura de muerte!...

Una voz, recia y hostil, clamó entre las sombras:

—¿Quién va?... Detuviéronse los viajeros, mudos de espanto, y ante ellos se irguió la dura silueta de un guerrero que, con el roto leño de su lanzón, trocado en báculo, sustentaba la vacilante fortaleza del cuerpo herido...

Tornó la dura voz hostil a clamar entre las sombras:

—¿Quiénes sois los que llegáis?... ¡Bien venidos, si amigos; y si enemigos, aprestad el ánimo y la espada, que aun guardo bríos capaces de haceros morder la tierra!...

—Ni amigos ni enemigos!...—dijo lentamente el rey Antán—. ¡Extraños somos a la hueste, como a la de tus contrarios, y extraños también a esa bárbara ley de guerra!... ¿Qué insania pudo llevaros, de esta manera, a matar y a morir?...

—¿Insania llamas a una santa causa?... ¿No sabes que por ella mueren en los campos de batalla, emperadores y reyes?... ¿De qué tierra llegáis ignorando aquello que la fama proclamó de extremo a extremo del mundo?...

Llegamos de un reino de paz, asentado sobre cumbres vecinas, demasiado altas para que las alcancen estos ecos de vuestras contiendas y estos estragos de vuestras armas...

Hubo una larga pausa de silencio... Al fin, el hombre de armas imploró:

—¡Estoy solo!... ¡Estoy herido!... ¡Tengo hambre y sed!... ¡Ya que no es lejano vuestro hogar, dadme albergue hasta que se cierren mis heridas y tornen mis fuerzas!...

Dudó el rey Antán...

—¡Jamás extranjero pisó el suelo de Graal! Suplicó el príncipe:

—Padre, anheo escuchar, de este hombre, narraciones de extrañas costumbres y portentosos hechos!...

—¡Locuras sin cuento, hijo mío, serán sus palabras!...

—Entre nosotros, padre, al par que de sus heridas, sanará de su demencia!...

—Ven, pues...—concluyó el rey, brindando al extranjero su compañía...

Y con las primeras luces del alba, fuéronse juntos los tres peñas arriba, camino de las brumosas cumbres, donde ignorábase el Amor, donde ignorábase la Voluntad, donde era desconocido todo ideal, en tanto que por Amor, por Voluntad y por Ideal, luchaban los hombres en implacables contiendas de muerte allá en los trágicos valles sangrientos.

ANTONIO G. DE LINARES

(De Por Esos Mundos)

Unos hombres que rinden las banderas al paso de otro hombre, como el Ejército rinde las armas al paso del rey ó al paso de Dios; unos hombres que entonan himnos al caudillo, que le reverencian y le agasajan en todas formas, que casi le adoran por su linda estampa más que por sus ideas; esos hombres no pueden alardear de ideas progresivas ó radicales, y miente quien diga que con tales gentes vive el espíritu de rebeldía y que tales hombres enarbolan la roja bandera de la revolución.

Criterio emancipador

No hay enfermo que, al sentir disminuía la integridad de su salud y dirigirse al médico, se contente con una curación parcial y no desee la total, porque todo el mundo sabe que una fiebre, un dolor, un desarreglo gástrico, respiratorio ó circulatorio, que es lo molesto que sale a la superficie, no es un efecto aislado sino consecuencia de una causa morbosa que ha de destruirse para reconquistar la normalidad.

Considerado el trabajador como parte integrante de la humanidad y miembro social, los males que le abrumen son efecto y tienen como causa desarreglos sociales, y tampoco pueden ser tratados aisladamente.

Peró un curandero, un charlatán, un no científico pretenderá, por ejemplo, curar una fiebre infecciosa con una oración y un parche en el pecho, ó la difteria con un collar bendito y una novena, ó los sabañones con la conservación secreta de un nabo robado, ó la sífilis con el agua de los garbanzos puestos en remojo, del mismo modo que un protectionista querrá enriquecer un país con fuertes tarifas aduaneras, ó un librecambista pretenderá facilitar la actividad industrial anulando las aduanas, ó un político absolutista someterá la vida nacional a la autocracia paternal, ó un liberal extenderá democráticamente la autoridad hasta convertir á todo ciudadano en guindilla ó vigilante de sus conciudadanos, ó un socialista pretenderá mejoras en el jornal, en la jornada, en la higiene con el voto,

con la cooperación y hasta con la resistencia, tomando todos lo existente achacoso y decadente como normal é inmejorable y queriendo suprimir los efectos dejando subsistentes las causas.

Repitámoslo una vez más: se trata del hombre, no del miserable degenerado por el trabajo, el hambre, la ignorancia y el servilismo, ni del soberbio no menos degenerado por la mollicie, el hartazgo, la petulancia y el dominio; se trata del Adán específico, genérico, humano, no del brahman y el paria, el amo y el esclavo, el patricio y el plebeyo, el señor y el siervo, el patrón y el jornalero, y por tanto, filósofos, moralistas, políticos, economistas y sociólogos, si han de hacer algo positivo, han de venir al trabajador como el médico al enfermo, no para acreditar panaceas curativas sino para trabajar científicamente.

Se ha de hablar claro, con intención verdadera y justiciera, y no se ha de decir al paciente con espíritu cristiano: «no resistas al mal,» ni con espíritu burgués: «si eres explotado desespálte y explota á tu vez;» porque con tales consejos, si se aceptaran, á lo sumo el mal cambiaría de agente y de paciente, y enseñando á unos á colocarse bajo la línea de la justicia, y á otros á elevarse sobre ella, la injusticia permanece indestructible; con ese rebajamiento y esa exaltación hay fraude, no hay equidad ni puede ponerse en la fiel simbólica balanza de la justicia, como no se alcanza la salud con la supersticiosa terapéutica de los charlatanes.

Las anteriores afirmaciones exigen las siguientes:

Es erróneo, malo, y hasta criminal si se defiende conscientemente, el principio que somete el individuo á la sociedad. Por el el hombre natural se desnaturaliza para ser acomodado á las costumbres, á las creencias y á las leyes. Menos mal si sólo las costumbres imperasen, si no existiera la coerción dogmática y legal y sus consecuencias: sin Iglesia que imponga dogmas y sin Estado que obligue con sus leyes, las costumbres libres se acomodarían á la conveniencia de los más, y las costumbres malas serían substituidas por otras reclamadas por el deseo y la experiencia. Con la imposición autoritaria antinatural, seguida en el mundo, no como el ser libre é igual á sus congéneres, sino como el clasificado en un orden social preestablecido opuesto á toda reconstitución progresiva, ligado siempre por un código civil y un código penal, el hombre es lo que es, no lo que puede y debe ser.

Por consiguiente, el legalista, el utilitario, el burgués que ven el mundo en su estado presente y sólo procuran sacar de él el mejor partido posible, sea hombre de saber y de posición elevada dedicado á justificarse darwinianamente, sea egoísta de la clase media ó simple proletario que considere el dinero como fuente de vida y honor, por más que presuman de positivistas, son desequilibrados que, con buena ó mala suerte rompen la solidaridad humana, desconociendo lo que deben á lo que fué, enemistándose con lo que es y negando su contribución á lo que ha de ser. Esos tales, sabios ó ignorantes, en la prensa, en la tribuna, en la cátedra, en el mostrador, en el despacho, en el taller, en la fábrica, en el campo, donde quiera que se opongan á la bella y grande solidaridad humana y rindan culto al individualismo egoísta, son descastados perturbadores que viven al margen de la humanidad, unos á su costa, otros cargados con todos los gravámenes.

Afortunadamente, por mucho que retrasen la marcha humana hacia la justificación y perfección, no la impiden, como el obstáculo que forzosamente ha de ser superado no impide el curso de un arroyuelo.

En conclusión: todo trabajador, todo heredado ha de pensar: he nacido; he de vivir, y así como no hay poder divino ni humano que, mientras viva, pueda evitar la sucesión de los minutos de mi existencia ni la continuidad de las acciones fisiológicas que constituyen mi ser, no debe haber hombre ni institución que impida ni dificulte mi desarrollo moral y físico; antes al contrario, hay deber y conveniencia en que hombres é instituciones tiendan á facilitar el desarrollo de todos y de cada uno.

Si lo expuesto es cierto y evidente, sirva de determinante de la voluntad de cada lector obrero, á la vez que de censura y mortificación á todo desheredado, á todo privilegiado, á todo esquivo de la solidaridad humana que vive sin protesta rebelde ó con satisfacción panesco-burguesa, privando al progreso de su individual y voluntaria contribución.

ANSELMO LORENZO

Más denuncias

El artículo «Juicio por Jurado y Consejo de Guerra» que apareció publicado en el número 88 de este semanario, ha sido denunciado por la Jurisdicción Militar. También el número 90 fué denunciado por la reseña del mitin celebrado en Marsella en pro de las víctimas españolas. No sabemos qué les pasa á los fiscales que hasta en las informaciones hallan materia punible.

Para algo tiene que servir el agente provocador que tienen en Marsella. Buen principio de año. ¡Adelante con los fueros!